

Iñaki Uriarte, autor de 'Diarios 1999-2003' (Pepitas de calabaza)

“Me da vértigo imaginarme la vida sin libros”

“El cuerpo me había dado un susto y me propuse escribir unas treinta páginas lo más personales posibles, sobre lo que se me ocurriera. Hasta entonces nunca había escrito nada que fuera más allá de dos folios, en su mayoría de crítica literaria”, explica Iñaki Uriarte (Nueva York, 1946). Empezó a tomar notas en 1999 y, desde entonces, ha continuado escribiendo para sí mismo, casi en secreto. La editorial Pepitas de calabaza acaba de publicar los primeros cinco años de un diario que ha sorprendido a quienes ya conocían a este donostiarra que vive en Bilbao y a los que han descubierto ahora al autor de unas páginas sinceras y brillantes.

—Desde el principio, tuvo claro el estilo, el tono de estas páginas. “Como si hablara solo”, declara en una de las primeras entradas.

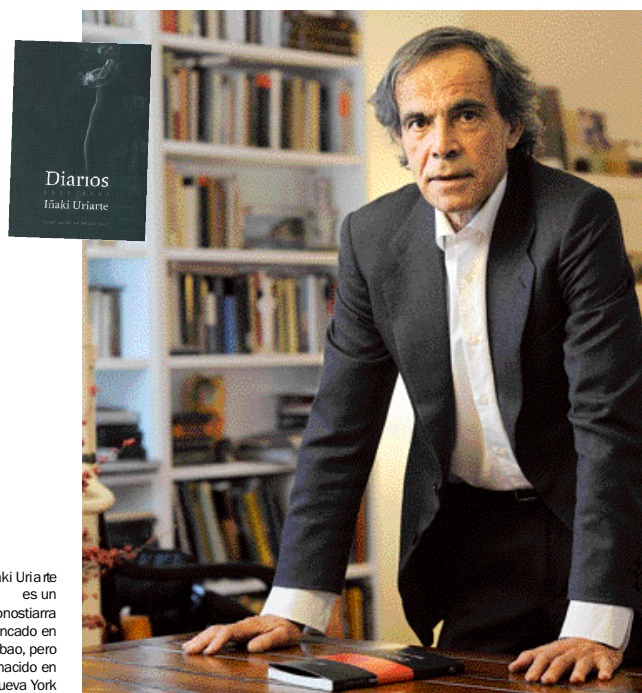
—Bueno, si llamas estilo a intentar escribir de la manera más sencilla y directa, pues sí. Un diario es básicamente un monólogo. Yo creo que ahí está su gracia. Y no voy a andarme con muchas florituras retóricas para hablarle a mí mismo. Además, yo no tengo una gran habilidad con el lenguaje. ¡Como para ponerme encima a hacer frases estupendas! Yo escribo lo que me sale y luego tacho y corrijo para que quede lo más claro y sencillo posible. En cuanto al tono, no es algo que haya elegido. Me sale así. Escribí la primera entrada y me dije “vale, ésta es la manera de escribir en que me siento más cómodo”, y seguí.

—La personalidad de Iñaki Uriarte se transparente en este libro. Creo que algunos amigos suyos dicen haberle conocido más al leer sus diarios que a través de la relación personal que mantuvieran con usted.

—La primera vez que alguien me dijo eso me asusté. ¡A ver si yo voy a ser un falso en la vida social cotidiana!, pensé. Luego, alguna otra persona me ha dicho lo contrario, que en esas páginas me ha reconocido perfectamente. No sé. Supongo que en el libro se transparentan cosas de las que no soy consciente. Y luego está el hecho de que cada lector ve cosas distintas, distintas de las que ve el lector de al lado y distintas incluso de lo que yo creía decir.

—En *Diarios* traslada algunos recuerdos de su infancia. Nación usted en Nueva York, aunque creció en San Sebastián, en el seno de una familia nacionalista y comprometida con sus ideas. ¿Conserva usted muchos recuerdos de aquella época?

—Pues la verdad es que no recuerdo demasiadas cosas de mi infancia. Lo que recuerdo me-



Iñaki Uriarte es un donostiarra afincado en Bilbao, pero nacido en Nueva York

—jor es la atmósfera. Y algunos pocos hechos que se me quedaron grabados por lo que sea. Desde luego, no recuerdo nada de lo que pensaba entonces, como parece que recuerdan tan bien muchos autores de textos autobiográficos. Yo no tengo nada de Proust, aunque su novela me parezca la mejor que he leído nunca.

—Su madurez también ha sido en cierto sentido extraordinaria y ha estado marcada por su decisión de no querer trabajar.

—Al principio, más que de no querer trabajar, mi idea era la de no meterme en una empresa con unos horarios y un salario fijos. Luego me di cuenta de que podías sobrevivir así, con pequeñas cosas aquí y allá, y he seguido hasta ahora.

—En todos los textos se impone la necesidad de elegir qué se cuenta y qué se calla. Los diarios no serán, por supuesto, una excepción...

—Yo no tengo ni idea de por qué apunto unas cosas y otras no. Lo que sí sé es que he borrado muchas páginas de mis archivos de Word y muchas otras no he querido que aparezcan en el libro. En una de las entradas del diario anoto esta cita de Borges: “Entiendo que el interés de cualquier autobiografía es de orden psicológico, y que el hecho de omitir ciertos rasgos no es menos típico de un hombre que el de

abundar en ellos”. Y esta otra de Mark Twain: “No es posible que un hombre cuente la verdad sobre él mismo, o deje de comunicar al lector la verdad sobre él mismo”.

—Las referencias a la literatura son importantes en estos diarios. Observamos que los libros son fundamentales en su vida.

—Es como si me dijeras: “Observamos que las personas son fundamentales en su vida”, u “observamos que respirar y comer es fundamental en su vida”. No tengo ni idea de cómo sería yo si no hubiera leído libros nunca. Tal vez, esencialmente, sería parecido, pero me da un vértigo tremendo imaginarme una vida sin libros.

—De entre todos los autores que usted cita destaca uno: Montaigne.

—De esto sí estoy seguro: yo no sería el que soy, o lo que soy, sin haber leído a Montaigne. Sin tenerlo aquí al lado. No me preguntes por qué. En el libro lo cito a menudo, pero creo que nunca escribiré dos páginas seguidas sobre él. Es como de la familia. El tío Montaigne, o algo así. Ya sé que es raro tener un tío 400 años mayor que yo, pero es a lo que más se parece. No tiene teléfono, ni correo electrónico, ni Skype, ni nada de eso, pero me comunico con él cuando quiero y siempre me mejora el humor.

—El humor es un elemento importantísimo.

—Pues Montaigne no tenía mucho, o no lo exhibía en su libro. Siempre pienso que si Montaigne hubiera leído *El Quijote* sus *Ensayos* habrían sido todavía mejores. Se le escapó por muy pocos años. En alguna línea de mis diarios tengo apuntado: “Escribir de malhumor. Corregir de buen humor”.

—La publicación de estos diarios que empezó a escribir hace once años ha generado cierta expectación. Como señala Vila Matas, quienes le conocían sabían que era usted un gran lector, pero la mayoría desconocía que escribiera. ¿Qué le ha llevado a publicarlos?

—El principio de Peter. Primerole enseñé unas páginas a un amigo y le gustaron, luego a otros dos y también, luego a un crítico literario muy exigente a quien respetomuchoy que me las publicó de inmediato en su revista, sin ni siquiera pedirme permiso. Mi vanidad ya estaba colmada, pero más tarde las leyó un editor amigo de un amigo y dijo que quería publicarlas en libro. Yo me veía acercándome poco a poco a mi nivel de incompetencia. Por una parte y halagado, pero por otra asustado. Y aquí estoy, con el libro en la calle. Ve remos ahora qué dice Peter.

Txani Rodríguez

(temblor y fulgor)

El nueve de junio pasado se presentaron los primeros *Diarios* del donostiarra, afincado en Bilbao, Iñaki Uriarte (Nueva York, 1946). Libro escrito con acuciosa sencillez, sobria inteligencia, ironía y humor. Prosa fina, uniforme, transparente. Reivindica el derecho a no trabajar (elogio inequívoco de la pereza).

Escritor tardío en publicar, Iñaki Uriarte es un tipo que disfruta mirando al techo, sentado en el sofá, leyendo o sin hacer nada, fuma que te fuma, siempre atento a la advertencia de Paul Valéry: “La sensibilidad es todo, soporta todo, evalúa todo”. Pese a no moverse físicamente, no para de dar pasos dentro de sí mismo. Uriarte ha sido un precursor entre nosotros en tomar la soledad como la mejor universidad.

Una gran parte de su existencia se cifra en la lectura. Tiene preferencia por los aforistas y semejanzas, como Gracián, La Rochefoucauld, Pascal, Chamfort, Lichtenberg, Joubert, Nietzsche, Jules Renard, Valéry, Léautaud, Kafka, Karl Kraus, Pessoa, Canetti, entre otros, con Montaigne y Borges por encima de todos.

Atento observador, cuanto discurre fuera o dentro de su propia vida, lo hace pasar por la escurridera del yo. Si consigue que un escrito le quede bien, verá en él tanta realidad o más como en la relación habida con su propia familia y amigos; no obstante, sus escritos le parecen en algunos momentos puras tonterías. Quizá sea esa una de las razones por las que se hace querer. Por eso y porque no presume de nada ni aspira a nada. Sea por lo que sea, los lectores lo perciben próximo a ellos.

Aún cuando en apariencia pueda parecer una persona dura y displicente, descreída y altitonante, no lo crean. En el fondo, lleva en su interior un tigre de temura, para decirlo a la manera de su admirado Borges. Tal es así, que escribe para que le quieran (moneda de uso entre los escritores, hasta en los más afortunados y desabridos).

Es valiente al abordar temas considerados tabú en nuestra sociedad. Sin proponérselo enseña a vivir. Sabe aplicar lo que ha leído como ayuda a su mundo personal, de tal suerte que la verdadera vida la ha encontrado en los libros. Expresa por medio de las palabras todos los movimientos que su peculiar ociosidad le impide realizar. Sabe, o cree saber, que en el arte de juntar palabras hay un objeto que sólo se encuentra en el escrito mismo. Y por saber más, él —moviéndose siempre dentro del *no saber*—, sabe que a nadie se le obliga a escribir. Se escribe porque está en la sangre de cada cual o porque no se vale para otra cosa.

Con estos *Diarios*, Iñaki Uriarte se ha convertido de la noche a la mañana en una especie de Sherezade masculino o contador de historias mundanas y literarias. Los lectores tienen ante sí la aventura de dejarse subyugar por ese inimitable juego de palabras (temblor y fulgor) que les propone el autor.

Termino con un vaticinio: cuando los escritos de la mayoría de los *premios nacionales* y *plumas metálicas* no sean más que literatura esclerosada (la posteridad les escatimará los favores que los contemporáneos les dispensaron), las páginas de estos *Diarios* seguirán tan pimpantes e incombustibles como Marie Brizard, esa ancianita azul de las botellas de anís. Al tiempo.

José Luis Merino